

MEDIA TORTA
PARA LUPITA



“Los niños que viven con VIH-sida tienen derecho a recibir los servicios de salud, educación y asistencia social en igualdad de circunstancias que los demás”.

Comisión Nacional de los Derechos Humanos,
*Derechos de las personas con Síndrome de
Inmunodeficiencia Adquirida (VIH-sida)*, pag. 11

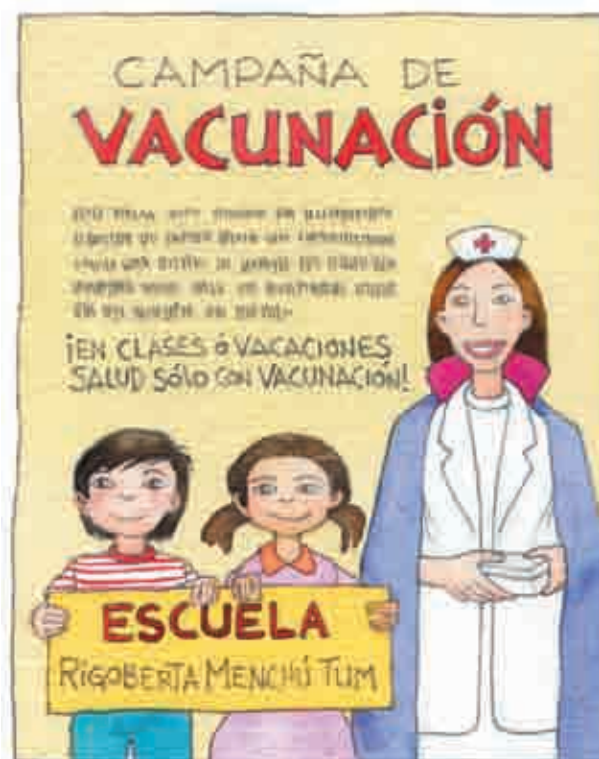
MEDIA TORTA PARA LUPITA

NURIA GÓMEZ BENET



Amenaza alfabética

En la escuela de Kipatla todos andaban alborotados ese día. El profesor Jacinto ya nos lo había avisado desde antes: iba a ser la campaña devacunación. Habíamos trabajado el tema en el salón, habíamos hecho un cartel para el friso... ¡Hasta habíamos inventado un lema y un comercial sobre la vacunación!



El profe nos había dicho que los días de la vacunación teníamos que llegar puntuales, porque iban a venir varios equipos de doctores y enfermeros a vacunarnos por grado. Yo pregunté:

—¿Y qué pasa si faltamos ese día?

—¿Cómo que qué pasa, Lupita? —me contestó el profesor, serio—.

Pues pasar, no pasa nada. Tendrías una falta más en el mes y además, no te vacunarían, lo cual significa que tu organismo no estaría protegido contra algunas enfermedades importantes, pero fuera de eso, no pasa nada.



Yo no quería molestar al profesor, pero estaba pensando seriamente en faltar a la vacunación, como otros años. A la mera hora no pude hacerlo, porque adelantaron las fechas y un buen día, cuando llegué al salón, pensando que todavía faltaban dos días para la campaña, resultó que ya estaban ahí los enfermeros, llamándonos a todos por orden alfabético.

–Aguilar Escobedo David, pasa por favor...

Cuando empezaron con la A, todo el mundo andaba alborotado adentro y afuera de las aulas.

–Benítez Manjarrez Fabiola, pasa por favor...– llamaba un enfermero altísimo y delgado, con la lista en la mano.

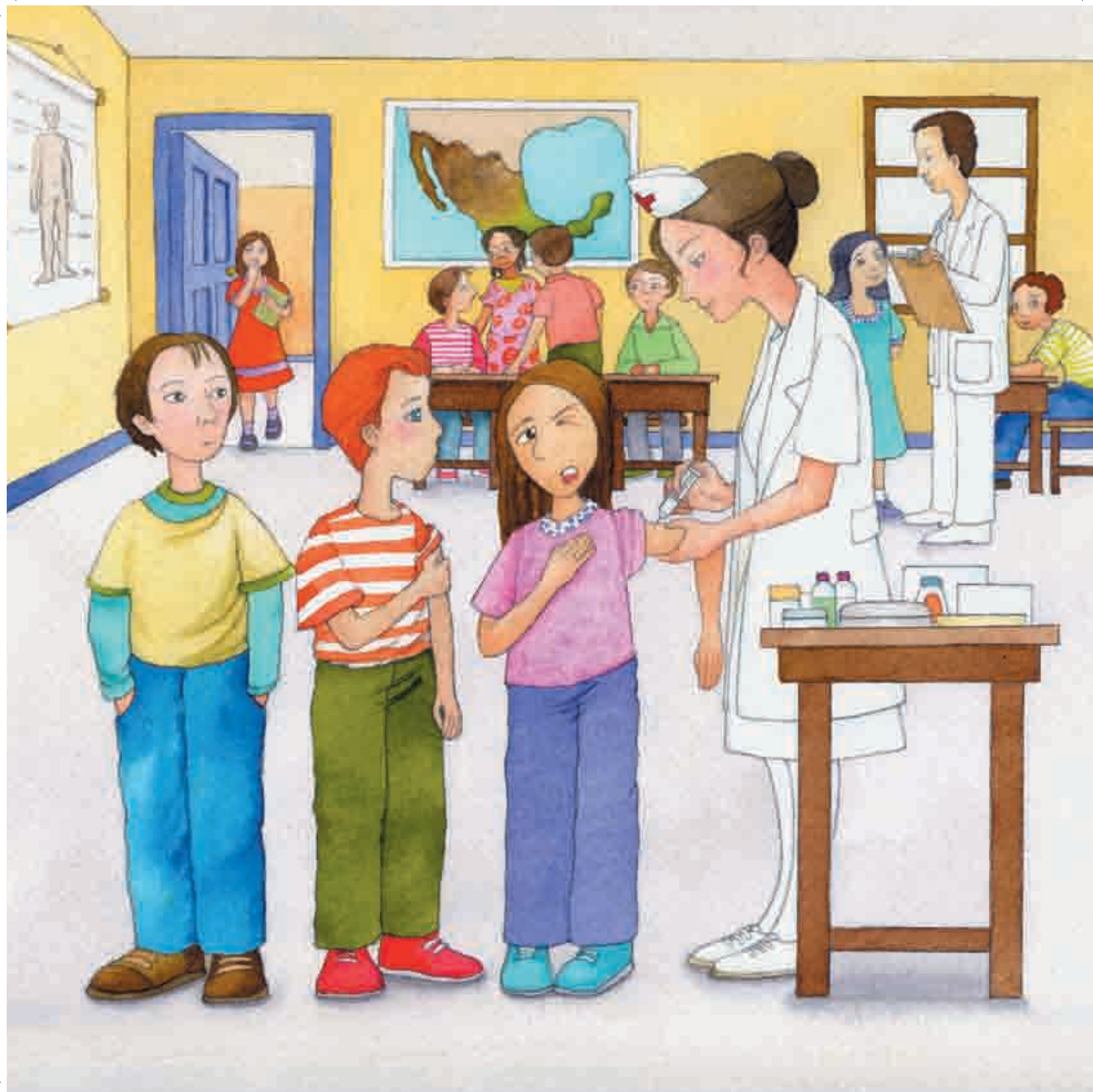
Para cuando iba en la B, a mí me empezaron a bailar los brazos, la barbilla y bruscamente la boca. Temblaba de miedo, aunque todavía faltaban muchas letras para que llegaran a la letra J de mi apellido.

–Canales Zamarripa Luis Alberto...

¡La C! ¡Casi me carcomían los calambres el cuerpo completito!

–Delgadillo Morales Nayelli...

Y es que a mí las vacunas me espantan con E de emergencia y de enfermedad epidémica. Aunque sean tomadas, si no es por el piquete... Lo que pasa es que yo nací con una infección que hace que las defensas





de mi cuerpo no me funcionen. Tengo las defensas muy dañadas, con D de dolencia, de duda y de doble debilidad.

Tengo prohibido vacunarme, porque es muy peligroso para mí. Sólo la doctora Ibáñez puede decirme cuándo y qué vacunas me pueden poner. ¿Cómo no me iban a temblar las patitas de miedo, si me puedo poner muy mala cuando me vacunan sin la supervisión de mi doctora?

–Fernández Gandarilla Román Antonio...– seguía llamando el flaco enfermero al frente del friso de fieltro.

–Gómez Munguía Escárlet...–

¡Cada vez se acercaba más a la jota de Jaramillo! En cualquier momento iba a decir mi nombre completo: Jaramillo Ortega María Guadalupe.

No era broma, tenía que pensar rápido para salir de aquel problema.

La enfermera mete-patas

El profesor Jacinto estaba más pendiente de poner orden que de los alumnos que iban pasando a vacunarse. A él no le gusta que su salón esté en desorden nunca, pero no es regañón, ni grita. Es buena gente mi profe Jacinto, lo de menos hubiera sido hablar con él y explicarle por qué no podía vacunarme.



Pero lo de mi enfermedad era un secreto que no debía saber nadie en Kipatla, sólo mis abuelitos y yo. ¡Ah, bueno y la doctora Ibáñez, que es mi doctora! Ninguna otra persona debía enterarse, porque lo que yo tengo se llama virus de inmunodeficiencia humana (VIH), el cual puede causarme sida, y mucha gente es muy mala con los que tenemos VIH.



–Hernández Lugo Bárbara, pasa por acá, por favor, chiquita...

El señor alto que estaba llamando a todos se veía muy buena gente. Entonces se me ocurrió que él, siendo enfermero, iba a entender muy bien lo de mi enfermedad. ¿Y si le decía sólo a él, así, en voz bajita? A lo mejor se saltaba mi nombre de la lista y asunto arreglado.

–Ibarra Jiménez Olga Patricia...– se acercaba mi turno y no parecía haber otro remedio.

–Infante Camacho Jonathan...– la siguiente era yo. Me acerqué al enfermero para hablarle muy de cerca, pero estaba más alto de lo que yo había calculado. Por más que me parara de puntas, no podría hablarle en secreto al oído.

–Jaramillo Ortega María Guadalupe.

–Aquí.

–¿Tú eres Lupita?– me dijo mirándome desde arriba con una sonrisa.

–Sí, pero es que...

–Pásale con mi compañera Perla. Ella es la que te va a dar tu vacuna...



–No, pero es que yo no me puedo vacunar.

–¿Por qué, pequeña?

Entonces me acerqué lo más que pude a su oído y le dije:

–Es que yo tengo VIH.

–¡Ah, caray!– me dijo–. Aquí quédate, Lupita, no te preocupes. Enseguida vemos tu caso– y me dio una palmadita en el cachete.

Miré a un lado y al otro. Parecía que no me había oído nadie más que él. Yo pensé que ya estaba salvada, que no me vacunarían y que nadie sabría de mi enfermedad. ¡Fiu! Por un instante me quedé tranquila. Pero entonces, la enfermera le preguntó:

–¿Qué pasa?

El enfermero le contestó, en voz baja:

–Que a ella no la podemos vacunar, Perla. Me dice que tiene sida.

Y ella, sin pensar ni nada, dijo en su tono de voz normal:

–¡Cómo va a tener sida! ¡Son cosas que inventan los niños para no vacunarse!

Él la miró preocupado.

–Shh, baja la voz, Perla– le dijo con cara de exigencia.



Pero ya varios de los que estaban por ahí cerca lo habían oído. Les hablaron a mis abuelos para saber si era cierto lo que yo decía. Al final no me vacunaron, pero toda la escuela se enteró de *mi secreto*, mío con M de malo, de maltratar, de mirar de ladito. ¡Justo lo que mis abuelos y yo no queríamos!

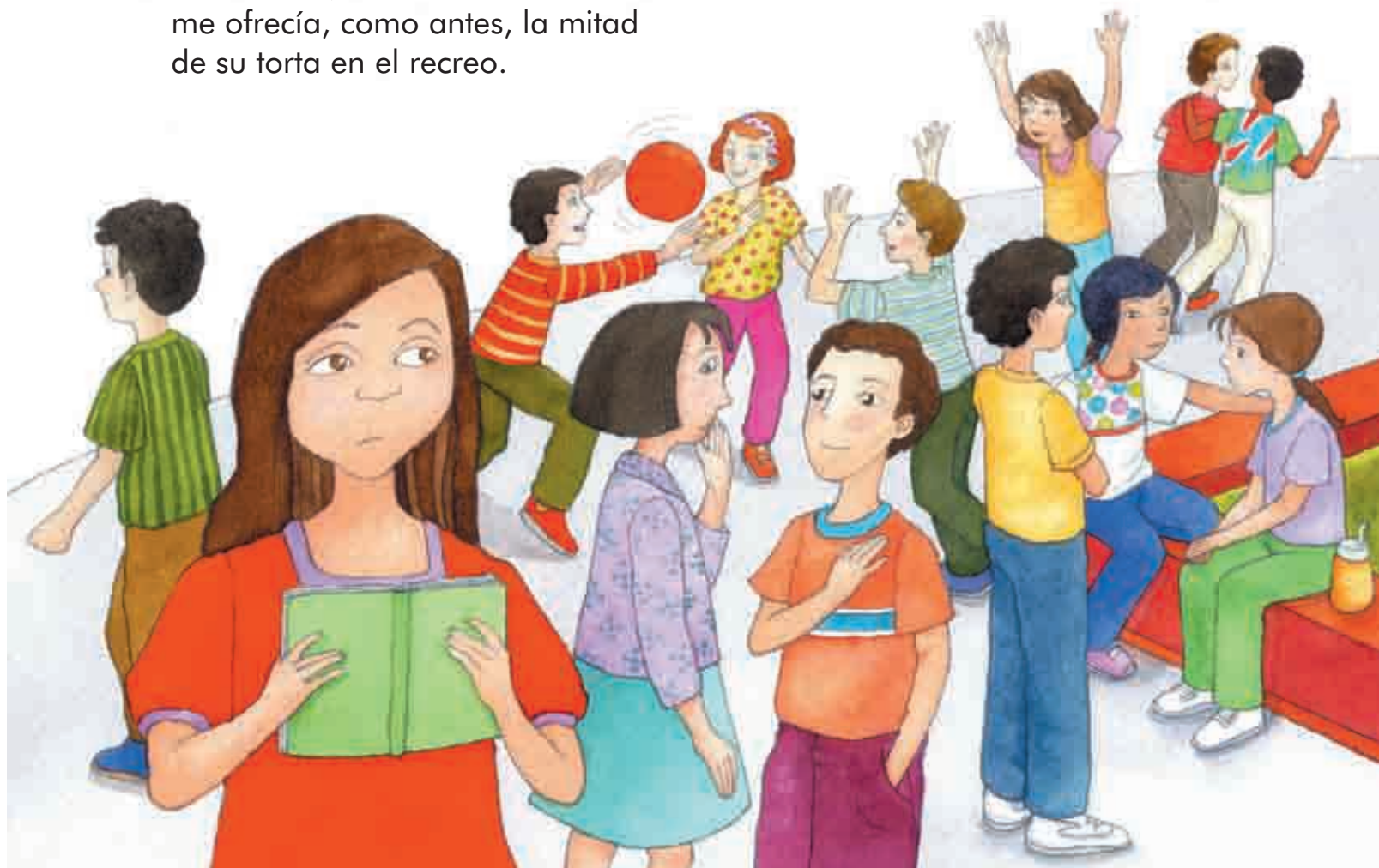
Confianzas y desconfianzas

Desde ese día, todos cambiaron conmigo en la escuela. En el salón ya nadie se sentaba junto a mí. El profesor Jacinto quiso acomodar a algunos compañeros en las bancas de junto. Luis Alberto de plano le dijo que no, aunque el profesor lo regañó y le advirtió que luego tenía que hablar con él. Jonathan y Asha terminaron cambiándose junto a mí, pero nada más por no desobedecer al profe Jacinto.



En el patio de recreo también me quedaba sola. Desde lejos me di cuenta de que algunos me miraban. También de cerca me veían raro. Se secreteaban cuando yo pasaba. Yo sabía que estaban repitiendo lo mismo: “Lupita tiene sida”. Pero nadie se atrevía a hablar conmigo del tema.

Hasta Elena, mi mejor amiga, estaba distinta. Ella sí me hablaba y todo, pero ya no me saludaba de beso, ni me abrazaba, ni siquiera se atrevía a tocarme. Tampoco me preguntaba nada sobre el VIH, ni sacaba el tema. Ya nunca me ofrecía, como antes, la mitad de su torta en el recreo.





El único que se acercó a platicar conmigo del sida fue el profe Jacinto. Así, a medio recreo llegó a buscarme y se sentó junto a mí.

–¿Qué pasó, Lupita?

–Nada, profe. Aquí...

–Oye, Lupita, quiero que con toda confianza me platiques cómo está eso de tu infección.

–Pues yo nací así, con ella, profesor. Mis papás eran personas enfermas de sida.

–Ajá...

–Hay veces que mis defensas se bajan y por eso me enfermo mucho.

–Hasta ahora me explico por qué faltas tan seguido. Sí, ya me había yo dado cuenta de que eras muy enfermiza, pero no sabía que era por eso, Lupita.

–Pues sí, profe. Por eso a veces faltó varios días.

Esa vez, ahí en el patio de la escuela, le conté al profesor Jacinto toda mi historia como fue de verdad. Le tuve que decir que era cierto lo que todos sabían en la escuela: que mis papás se habían muerto cuando yo era bebé y que mis abuelitos, Juvencio y Dominga, los papás de mi mamá, me habían criado. Pero también le confesé que no era cierto que se hubieran muerto en un accidente de carretera, como siempre habíamos dicho, sino que los dos se habían muerto de sida en el mismo año.

El profe me puso mucha, mucha atención y, con todo y que me sentía triste porque los demás no me hacían caso, me gustó tener a alguien con quien hablar de esas cosas, además de mis abuelitos y la doctora. Por lo menos con el profe podía hablar en confianza.



Corrigiéndole la tarea al profe

Una mañana el profesor Jacinto me mandó llamar al salón antes de que sonara la campana.

—Lupita —me dijo— necesito que seas mi maestra.

—¡Ay! ¿Cómo cree, profesor?— yo pensé que era una broma.

—Sí. Hay muchas cosas que no sé y que necesito que me enseñes.

Cuando vi que estaba serio me di cuenta de que me lo estaba pidiendo de verdad.

—¿Como qué cosas no sabe usted, profe?

—Todo lo del VIH. No sé si a la gente que tiene sida se le dan medicinas, no sé qué cosas pueden hacer y qué cosas no. No sé cómo pueden contagiar a otros que conviven con ellos todos los días... En fin, no sé casi nada y, como tú seguramente sabes todo sobre eso, porque te lo habrá explicado tu doctora, pues quiero pedirte que me enseñes. ¿Cómo la ves?



–Bien, le contesté. Pero se tiene que portar bien.

El profe se rió. Quedamos en que todos los días íbamos a llegar un poquito más temprano los dos, para que yo le fuera dando sus clases particulares.

¡A los dos días, el profe Jacinto me trajo a enseñar su primera tarea! Era un cuadro donde ponía todo lo que le contesté cuando me estuvo preguntando qué cosas contagian y qué cosas no contagian el sida.



| EL VIH-SIDA | |
|-----------------------------|--|
| NO SE TRANSMITE POR... | SE TRANSMITE ... |
| • Tocar a las personas | • Cuando la sangre de alguien que tiene VIH entra en el cuerpo de una persona; por ejemplo, si alguien sano tiene un raspón o herida en un dedo y toca la sangre de Lupita con su herida, se puede infectar. |
| • Saludar de beso | |
| • Compartir una paleta | |
| • Ir al mismo baño | • Por tener relaciones sexuales sin uso de condón. |
| • Usar los mismos cubiertos | • Por transfusión de sangre de una persona infectada. |
| • Usar la misma vajilla | • En el embarazo y durante el parto y por lactancia, si la madre está infectada puede transmitir el VIH. |
| • Morder la misma torta | |



La verdad, la tarea de mi profesor me gustó muchísimo. ¡Casi le pongo un 10! Pero le puse un 9.5, como de broma, porque traía la hoja doblada en un bolsillo y estaba toda arrugada.

—¡Ay, qué exigente!— me dijo. Y se fue, como riéndose un poquito, con un solo lado de la boca por el pasillo. Al otro día, trajo el cuadro en limpio, en una cartulina y lo pegó en el salón, diciendo que era importante que todos se informaran sobre el sida, porque la convivencia en el salón tenía que seguir siendo normal.

¡Cuando mi abuelo se enoja!

Pero no todos los maestros se portaron como mi profesor. Toda la primaria se había enterado de que había en 5° una niña con sida y de que esa niña era yo.



La maestra Alicia dijo que si yo estaba infectada no debería ir a la escuela. Que mejor me quedara en mi casa, donde no podía contagiar a nadie de mi grave enfermedad.

Entonces otros maestros opinaron lo mismo. La escuela era un relajo. Algunos papás ya no dejaban ir a sus hijos a clases, porque tenían miedo de que yendo a la misma escuela o estando en el mismo salón conmigo se pudieran contagiar. Ellos no habían hecho la tarea de mi profesor y no sabían nada sobre sida. Muchos papás llegaron a quejarse a la Dirección.



El profesor Menchaca, el director, ya no sabía qué hacer con tantas quejas de los papás. Estaba seguro de que muchos alumnos se iban a ir a otras escuelas con tal de no toparse cada mañana con alguien que tiene sida.

Entonces le habló por teléfono a mi abuelo. Yo estaba ahí, junto a él

–¿Sí, diga?

–Con el licenciado Juvencio Ortega...

–Para servirle– le dijo mi abuelo.

–Habla el profesor Menchaca, el director de la escuela Rigoberta Menchú.

–¿Cómo le va, profesor?

–Mire, licenciado –le explicó el director–: no voy a andar con rodeos. Ustedes inscribieron a su nieta en la escuela sin decirnos que la niña tiene sida.

–Bueno, profesor, usted debe comprender que no podíamos decir nada por el bien de la niña.

–Pues sí, pero ahora que todo se ha sabido nos ha ocasionado un problema muy grande con el resto de los alumnos y los padres de familia.

–¿Y eso por qué, profesor?

–Pues porque los papás están francamente atemorizados de que sus hijos puedan ser infectados por su nieta y se niegan a mandarlos a la escuela.



–Bueno, profesor. Yo entiendo que los padres de familia están asustados, pero me parece exagerado que saquen a sus hijos. Si se les informara realmente sobre las posibilidades de contagio que existen, seguramente se quedarían más tranquilos.

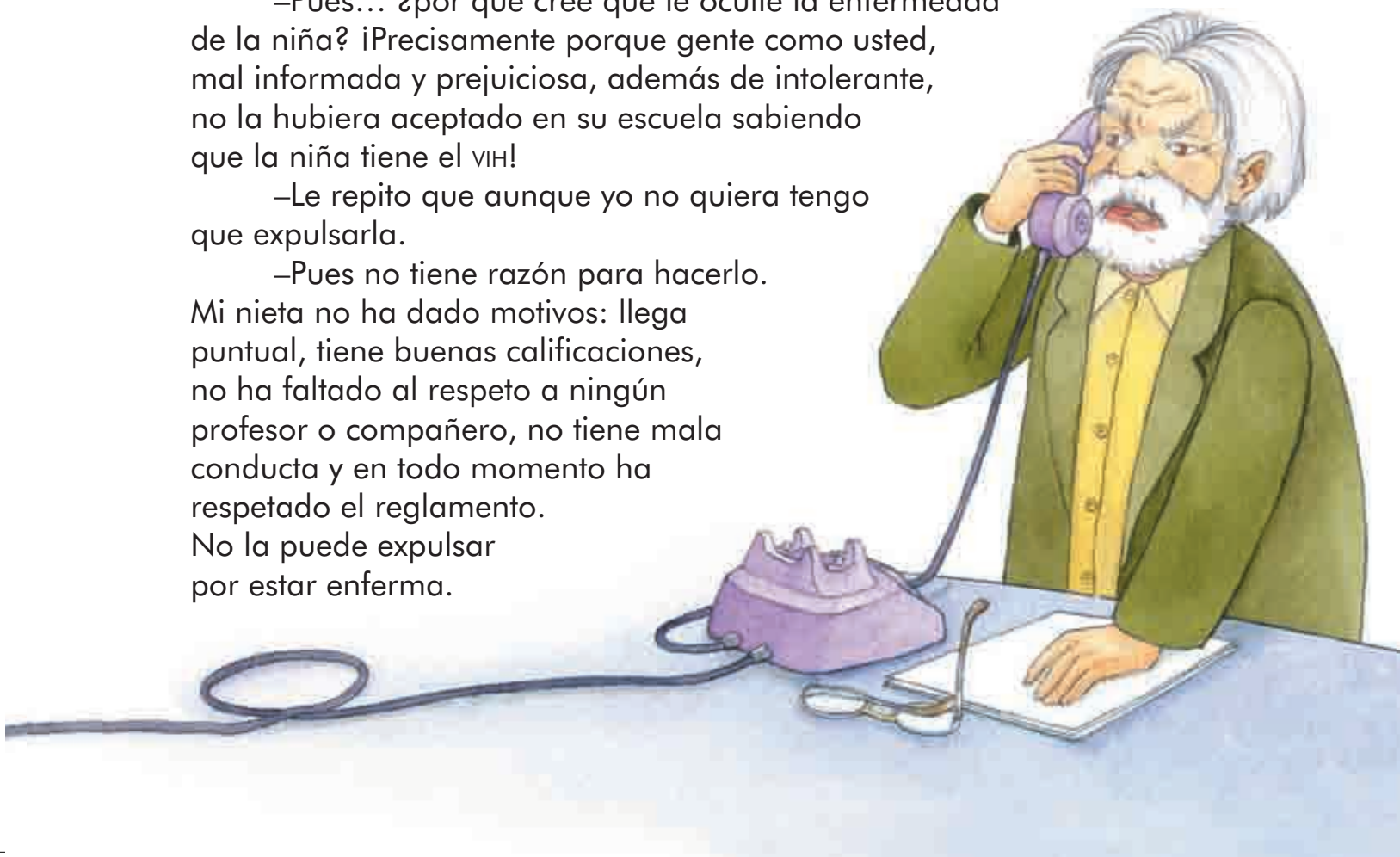
–Me temo que no podemos esperar, licenciado. Ustedes ocultaron la verdad y ahora que se sabe, me veo obligado a expulsar a su nieta.

Mi abuelo se enojó. ¡Y cuando mi abuelo se enoja...!

–Pues... ¿por qué cree que le oculté la enfermedad de la niña? ¡Precisamente porque gente como usted, mal informada y prejuiciosa, además de intolerante, no la hubiera aceptado en su escuela sabiendo que la niña tiene el VIH!

–Le repito que aunque yo no quiera tengo que expulsarla.

–Pues no tiene razón para hacerlo. Mi nieta no ha dado motivos: llega puntual, tiene buenas calificaciones, no ha faltado al respeto a ningún profesor o compañero, no tiene mala conducta y en todo momento ha respetado el reglamento. No la puede expulsar por estar enferma.





–No me queda otro remedio.
–Porque no lo ha buscado usted, profesorcito.
–Créame que me veo obligado por los padres de familia. En estos días le estaré mandando la carta de expulsión.

Mi abuelo se puso colorado, como se pone cuando come los chiles en escabeche que hace mi abuela Dolores.

–¡Pues haga lo que usted crea, pero sépase que yo, como abuelo y como abogado veré cómo definiendo a mi nieta! Adiós.

¡Y que le cuelga el teléfono al director!

–¡Uy, uy, uy! –pensé yo–. ¡Ojalá que mañana no me manden a la escuela, porque eso se va a poner horrible!

La idea del profesor

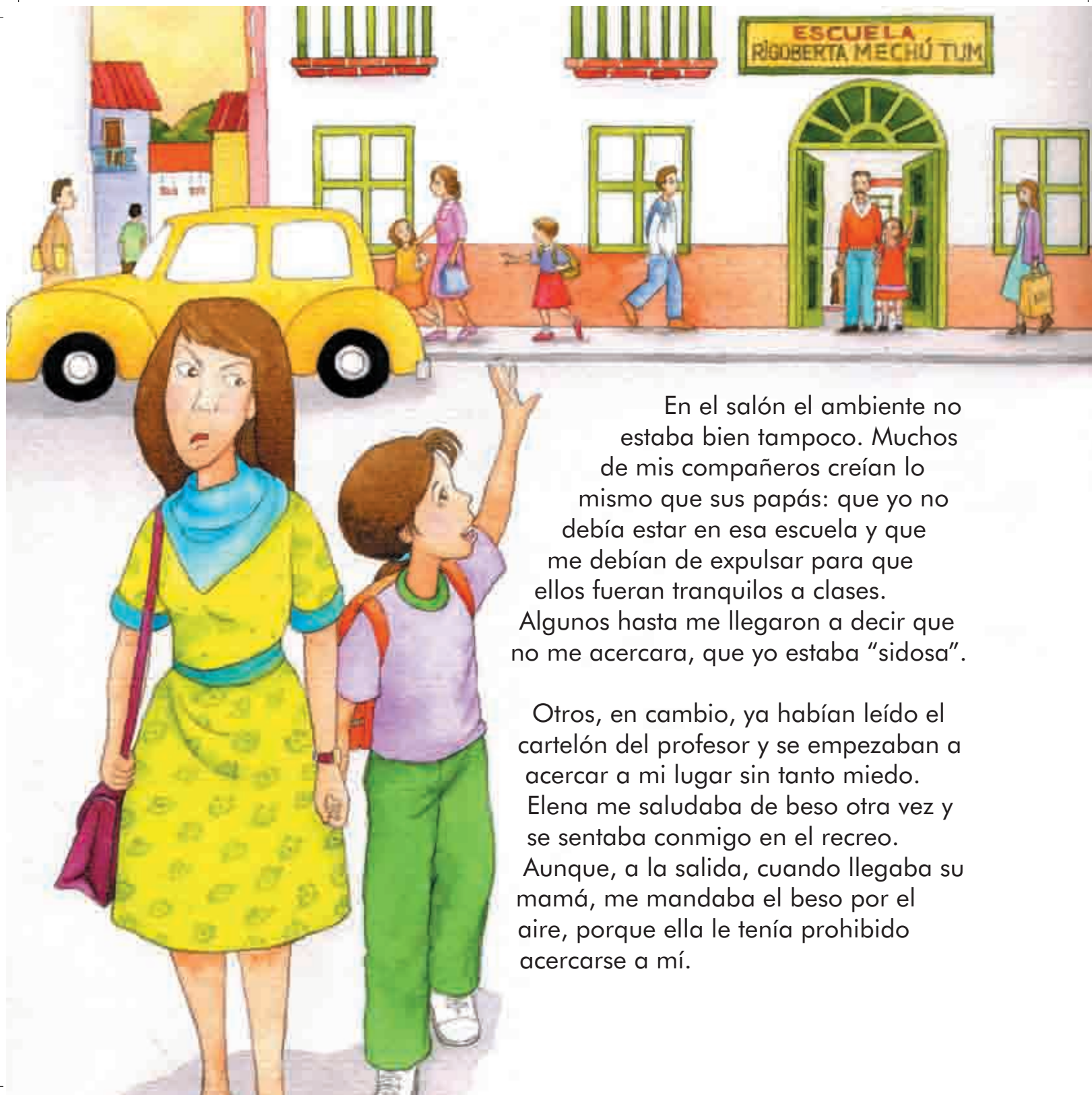
Cuando el profesor Jacinto se enteró de que el director me iba a expulsar, fue a hablar con él. Le dijo que yo era buena alumna, que no daba problemas en el salón, que iba muy bien, que él no veía la razón para expulsarme.

Pero el director estaba decidido. Muchos de los maestros y padres de familia no lo dejaban en paz. Sólo mientras estaba en su oficina, el profesor Jacinto lo vio recibir cinco quejas de papás que se estaban



enterando y le hablaban por teléfono. Además, sobre su escritorio tenía cartas que pedían lo mismo: que me expulsaran de la Rigoberta Menchú.





En el salón el ambiente no estaba bien tampoco. Muchos de mis compañeros creían lo mismo que sus papás: que yo no debía estar en esa escuela y que me debían de expulsar para que ellos fueran tranquilos a clases. Algunos hasta me llegaron a decir que no me acercara, que yo estaba “sidosa”.

Otros, en cambio, ya habían leído el cartelón del profesor y se empezaban a acercar a mi lugar sin tanto miedo. Elena me saludaba de beso otra vez y se sentaba conmigo en el recreo. Aunque, a la salida, cuando llegaba su mamá, me mandaba el beso por el aire, porque ella le tenía prohibido acercarse a mí.



En esos días, el profe Jacinto tuvo una idea y se fue corriendo a la Dirección en el descanso.

–Señor director, ¿por qué no me deja convocar a una asamblea urgente donde hablemos de este punto?

–¿Para qué, profesor? No tiene caso.

–Para explicarle a la gente cuáles son los riesgos reales de infección y si de verdad los hay, analizarlos y prevenirlos dentro de la escuela. A lo mejor convencemos a los papás de que la niña no representa un riesgo real para la comunidad.

–No creo que valga la pena, con todo respeto.

Pero el profesor Jacinto no se dejó desanimar.

–Podemos invitar a la doctora Ibáñez, que sabe todo lo necesario para informarnos científicamente. Podemos defender a Lupita de alguna manera... ¿No me va a decir que a usted todo esto no le parece injusto, señor director?

–Está bien, haga su reunión, pero si no logra nada, expulso a la alumna.

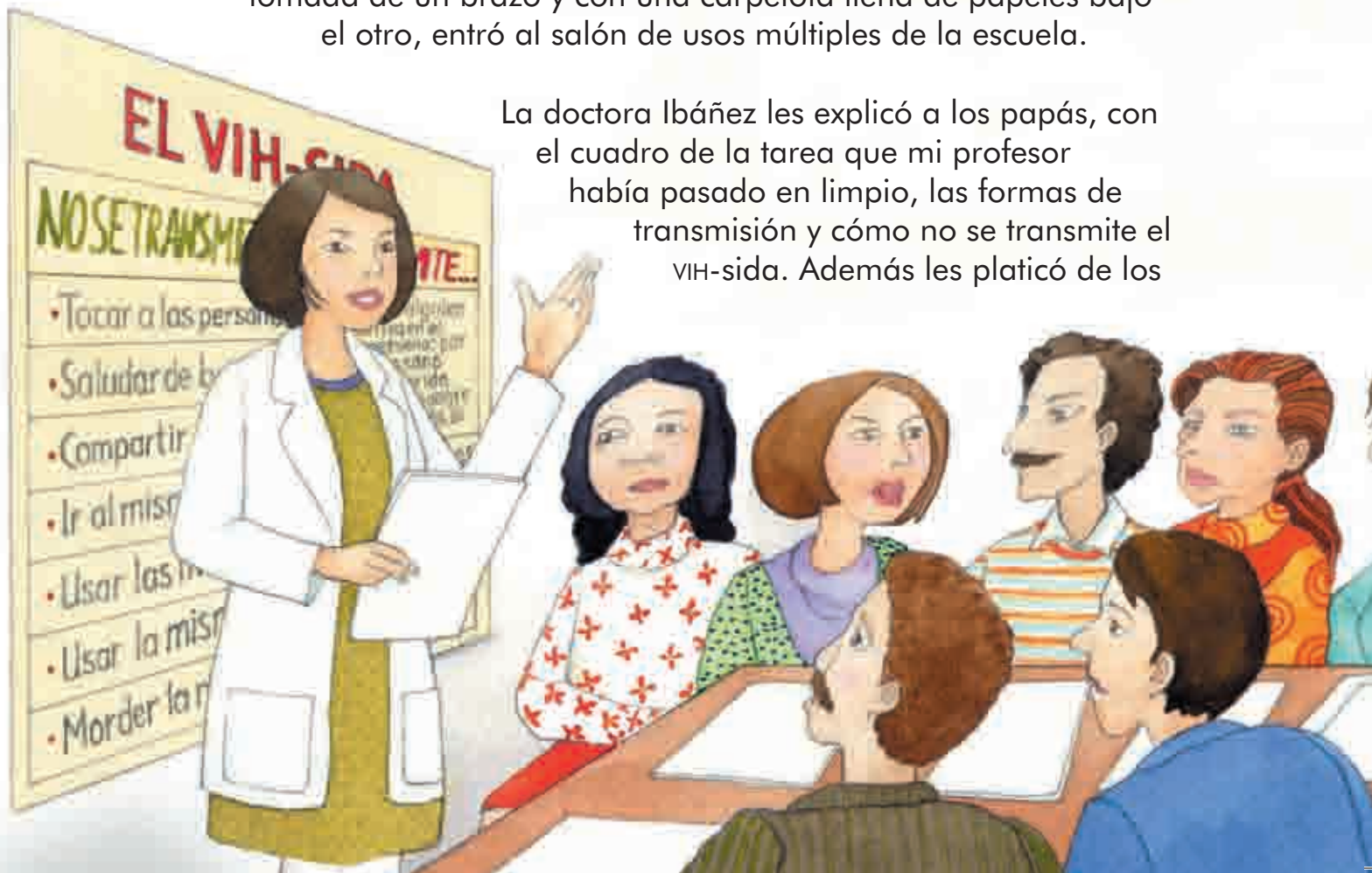
El profesor salió corriendo de la oficina del director.

–¡Ahora sí tengo muchísima tarea! –me dijo cuando pasó junto a mí en el patio–. En lo que se acaba el recreo, voy a ver a la doctora Ibáñez. Nos vemos en el salón.

La asamblea urgente

Si el profesor Jacinto andaba de un lado al otro, planeando la junta con la doctora Ibáñez, mi abuelo no se quedaba atrás: se fue a la presidencia municipal a buscar a un señor de la Secretaría de Educación Pública que era experto en las leyes de las escuelas. Se pasaba horas y horas encerrado en su despacho, revisando papeles y libros con él. Cuando llegó el día de la junta se puso su mejor traje y, con mi abuela tomada de un brazo y con una carpetota llena de papeles bajo el otro, entró al salón de usos múltiples de la escuela.

La doctora Ibáñez les explicó a los papás, con el cuadro de la tarea que mi profesor había pasado en limpio, las formas de transmisión y cómo no se transmite el VIH-sida. Además les platicó de los





estudios que han hecho los científicos de las mejores universidades del mundo y los investigadores de nuestro país. Les dijo que estando bien informados todos, no tenía por qué haber ni un sólo caso de infección en la escuela, y que yo no ponía en riesgo la salud de los demás.

Algunos padres de familia hablaron sobre el derecho que tenían de mandar a sus hijos a la escuela sin temor de que contrajeran una enfermedad mortal. Otros alegaban que yo no debía estar en Kipatla con mis abuelos, sino en un albergue especial para niños con sida, donde me dieran clases junto a otros enfermos como yo.

Mi abuelo habló sobre las leyes y los derechos de las personas y de los niños. Dijo que el Estado tiene la obligación de proteger a los niños y a los enfermos, y que a mí me debían proteger doblemente, por ser una niña enferma que vive con VIH-sida y





no quitarme las oportunidades de crecer como todos los demás, con una buena educación, que es uno de los derechos de los niños.

En eso, llegó el señor de la Secretaría de Educación Pública y pidió pasar al micrófono. Con gesto muy serio dijo:

–Les informo de manera oficial que los secretarios de Educación de todos los estados han girado las instrucciones necesarias para evitar que los alumnos de educación básica infectados con VIH-sida sean separados de los planteles educativos.

Después Pedro, el hijo de don Esteban, habló sobre la *Ley para Prevenir y Eliminar la Discriminación*. ¡Yo, la verdad, no sabía que había tantas leyes para defenderme!

Total, que todo se explicó muy clarito y se terminó la asamblea, pero con todo y todo, muchos papás salieron platicando entre ellos, muy inconformes, diciendo que no podía ser, qué cómo podían mandar a sus hijos a una escuela donde había alumnos con sida. Ese día regresé a mi casa sin saber todavía qué cosa iba a pasar conmigo.

Atención niños

Al profesor Jacinto lo llamaban a cada rato a la Dirección. El profesor Menchaca no sabía qué hacer. Muchos papás le decían que iban a sacar a sus hijos de la escuela, pero la SEP le prohibía expulsarme.



Por fin, después de unos días se vio claramente que no me podían expulsar. Es contra la ley. El profe Jacinto dio la noticia en el salón.

–Atención niños –dijo sonriendo–. Me acaban de informar que su compañera Lupita va a seguir viniendo a la escuela como siempre–. Aquí, algunos, como Elena, Juan Luis y Asha, aplaudieron. Otros se quedaron muy serios. El profesor siguió diciendo:

–Nadie debe tener miedo de infectarse. Ya sabemos que un modo de transmisión que nos podría afectar sería la sangre de Lupita. Todos tienen que saber que en la enfermería va a haber siempre guantes de látex, así que si un día Lupita se corta o se raspa, el profesor que la cure los usará y con eso no habrá posibilidad de contagio.

Se volteó y me miró.

–Lupita: tú vas a tener mucho cuidado y, cuando por cualquier razón te salga sangre, de inmediato le vas a avisar a un maestro. ¿De acuerdo?

–Sí, profesor.





—Entonces le vamos a dar de nuevo la bienvenida a Lupita, como si acabara de entrar a la escuela. Bienvenida, Lupita.

Y muchos contestaron: “Bienvenida, Lupita” y hasta me aplaudieron.



A muchos niños los sacaron de la escuela de todos modos. Otros nunca se me acercan. Eso es lo malo. Pero Elena dice que a ella hay muchos que tampoco se le acercan aunque no tenga sida, nada más porque les cae mal. Cosas de la gente.

Lo bueno es que ya no tengo que decir mentiras, ni tengo que cuidarme de no contarle a nadie de mi infección.

Elena me convida de su torta de nuevo y estoy segura de que ya no me va a dar la temblorina cuando otro año empiecen a llamar a la gente para la vacunación en orden alfabético.

Ahora hasta me divierto ordenando mis frases por abecedario:

Ahora **B**asta de **C**alambres o **D**urísimos **E**spantos **F**antasmagóricos de a **G**ratís. **H**oy **I**nquieta **J**amás (la **K** me la brinco, porque es muy difícil) **L**uciré **M**ientras **N**os **O**rdenan **P**ara **Q**ue **R**eforcemos la **S**alud **T**omando **U**nas **V**acunas **X** (la **W** también me la salté) ¡**Y**a **Z**afé!



Discriminación por VIH-sida

- Según cifras de Onusida, hasta diciembre de 2004 había en el mundo 39.4 millones de personas infectadas de sida, de las cuales 37.2 millones son adultas y 2.2 millones menores de 15 años.
- El mismo organismo refiere que en 2004 hubo 4.9 millones de nuevas infecciones en el planeta, de las cuales 4.3 millones fueron a adultos y 640,000 a menores de 15 años.
- Según el Centro Nacional para la Prevención y Control del Sida (Censida), hasta diciembre de 2005 existían en México 102,575 personas infectadas de sida, de las cuales 85,307 son hombres y 17,268 mujeres. Es decir, la proporción es de cinco a uno.¹
- De las 102,575 personas infectadas, 2.4% corresponde a menores de 15 años, 78.8% a personas de 16 a 44 años, 18.8% cuenta con 45 años o más y 1% corresponde a personas cuya edad se ignora.
- El 92% de los casos de sida en México tiene como categoría de transmisión la sexual. De éstos, 47.3% corresponde a la transmisión de hombres que tienen sexo con otros hombres y 44.8% a relaciones heterosexuales.
- El 5.3% de los casos de sida en México tienen como categoría de transmisión la sanguínea, 2.3% la perinatal y 0.3% otras causas.
- Las entidades federativas que acumulan la mayor cantidad de casos de personas con sida en México son: Distrito Federal (20,113 casos); Estado de México (10,787); Veracruz (9,159); Jalisco (8,830); Puebla (5,000) y Baja California (4,785).

¹ A partir de este punto la fuente es Censida.

- 18.4% de los mexicanos no contrataría a un enfermo de sida y 21.9% sí lo haría, si tuviera esa opción.²
- 10.8% y 15.9% de la población consideran que son las personas que viven con sida el grupo más desprotegido y quienes más sufren por su condición, respectivamente.
- Las personas infectadas por el VIH son consideradas por el 10% de los mexicanos como el grupo vulnerable al que le es más difícil conseguir trabajo.
- 44.4% de la población en México no estaría dispuesta a permitir que en su casa vivieran enfermos de sida.
- A la pregunta "Sí se enterara que en la escuela de su hijo hay un niño enfermo de sida, ¿qué haría?", 35.8% le sugeriría a su hijo que tuviera cuidado; 34.1% "no haría nada"; 16.6% le diría a su hijo que no se juntara con el enfermo, lo cambiaría de escuela o exigiría que lo expulsaran; 10.1% pediría que lo revisara personal médico; y sólo 0.9% apoyaría al niño infectado.
- 15.9% de los mexicanos afirma que si el gobierno tuviera la posibilidad de subsidiar a las empresas para contratar a algún grupo vulnerable, éste debería ser el constituido por las personas que viven con VIH-sida.
- 88.8% de la población piensa que los enfermos de sida tienen razones suficientes para sentirse discriminados, mientras que 12.2% opina lo contrario.

² A partir de este punto los datos corresponden a la *Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México*, Sedesol-CONAPRED, 2005.

Nos interesa tu opinión

Si tienes algún comentario sobre este
cuento, o deseas preguntarnos algo
sobre las tareas que realizamos en
el CONAPRED, envíanos una carta a:
Dante 14, piso 8, col. Anzures, del.
Miguel Hidalgo, CP 11590, o bien
escribenos al correo electrónico:
vinculacionyd@conapred.org.mx